

LA ECONOMIA DEL OTRO LADO DEL TELON DE ACERO

AL estudiar en una crónica anterior las perspectivas de la economía europea señalábamos el hecho de que siendo previsible un déficit que oscile entre 2 y 3.000 millones de dólares en el comercio exterior de los países comprendidos en el Plan Marshall al terminar el plazo de aplicación de éste, dichos países deberán realizar un gran esfuerzo si no quieren enfrentarse entonces con una situación de inestabilidad económica. De aquí que concluyésemos abriendo un interrogante: ¿es posible que la Europa dividida cuente con las energías necesarias para realizar esta tarea?

Fácil es comprender cuáles son las razones que mueven a plantear tal interrogante desde el punto de vista económico. Tradicionalmente, Europa tiene una balanza comercial deficitaria con el resto del mundo. En 1938, el año que precede a la segunda guerra mundial, Europa absorbió el 56 por 100 de las importaciones mundiales, mientras que su participación en las exportaciones se limitó al 46 por 100. Pues bien, si sumamos a estas cifras las que representa la participación de la Unión Soviética en el comercio mundial, obtenemos un exiguo aumento de un 1 por 100 en cada caso. Y es que la Rusia soviética «constituye, en gran parte, una unidad económica que se basta a sí misma, y su comercio es bastante flojo en relación a su superficie y población» (1). Sin embargo, es precisamente este país, económicamente extraeuropeo,

(1) Véase la publicación de la Sociedad de Naciones *El Comercio de Europa*, capítulo 2.

quien al dominar políticamente gran parte del territorio alemán, austríaco y toda Checoslovaquia, zonas predominantemente industriales, al propio tiempo que Polonia, Hungría, Finlandia, los Estados Bálticos, Rumania y Bulgaria, altera decisivamente los fundamentos mismos en que descansa la economía europea (2). Resulta, pues, dudoso, al menos aparentemente, que lo que una Europa unida no pudo lograr en 1938 lo consiga la Europa mutilada de 1952.

Cuando se estudia más detenidamente el problema creado a nuestro Continente por la existencia del telón de acero, la duda aumenta. El comercio interior de Europa representaba en 1938 un 52 por 100 del total importado y un 64 por 100 del exportado. Dicho comercio intereuropeo consistía en gran parte en el intercambio de productos industriales de la Europa Occidental y productos agrícolas y materias primas de la Europa Oriental. Sería interesante comprobar estadísticamente la significación de este tráfico; pero, por desgracia, no es fácil. Aparte de la cautela con que es preciso examinar las estadísticas soviéticas, dado su carácter intencionadamente fragmentario y confuso, hay la dificultad de discernir hasta qué punto muchas mercancías que se incluyen en las estadísticas como parte integrante del comercio exterior soviético proceden, o se destinan, a los países de la órbita rusa. En un artículo publicado en *The Economist*, del cual tomamos algunas informaciones para esta crónica (3), se efectúa la siguiente estimación basándose en datos de la Comisión Económica Europea (4):

(2) Prescindimos de considerar el caso de Yugoslavia, ya que este país, por razones políticas, se encuentra de momento económicamente desintegrado del bloque oriental.

(3) «Facing Facts at Geneva.» *The Economist*, 19 de febrero de 1949, pág. 316.

(4) Este Organismo depende del Consejo Económico y Social de la O. N. U. y lo forman los países europeos (incluida la U. R. S. S.) miembros de la Organización, más los Estados Unidos. No debe confundirse con la Oficina de Cooperación Económica Europea, a quien compete la ejecución del Plan Marshall.

Millones de dólares calculados a los precios de 1938.

	1938		1947		1949	
	U.R.S.S.	Europa Oriental	U.R.S.S.	Europa Oriental	U.R.S.S.	Europa Oriental
<i>Alemania occidental:</i>						
Exportaciones a.....	30	195	—	2	—	10
Importaciones de.....	36	200	—	2	1	8
<i>Resto de la Europa occidental:</i>						
Exportaciones a.....	112	396	50	288	?	330
Importaciones de.....	241	557	41	273	?	400

Contemplando este cuadro salta a la vista la significación que para la economía occidental ofrece la pérdida del intercambio entre Alemania y los países del Este. Así lo destaca el comentarista de *The Economist*, quien probablemente habrá percibido la repercusión que tiene en los contribuyentes británicos, obligados a soportar la carga del país vencido. El segundo hecho significativo es la desaparición (?) de la Unión Soviética. De lo cual se concluye que «el grado de recuperación alcanzado en el comercio entre el Este y el Oeste se debe a los esfuerzos de la Europa Occidental (sin Alemania) para comerciar con la Europa Oriental (sin la Unión Soviética).

Está claro que este comercio entre las dos Europas es de una importancia clave para solucionar el problema que hay planteado a tres años vista. En este sentido, se han pronunciado recientemente Mr. Harriman, enviado especial de los Estados Unidos en los países beneficiarios del Plan Marshall, y el profesor Myrdal, ex ministro de Industria y Comercio de Suecia y secretario de la Comisión Económica Europea (5). Insistiendo en el punto de vista americano, ya conocido de nuestros lectores, de que es preciso sustituir el actual sistema de comercio bilateral por un sistema multilateral, ha manifestado

(5) En la reunión de la Comisión Económica Europea que acaba de tener lugar en Ginebra.

el primero que un aumento del volumen del comercio con los países del Bloque Oriental reduciría la necesidad de ayuda exterior de la Europa Occidental.

El profesor Myrdal ha sido más explícito y más pesimista. Reconociendo también que si se quieren utilizar adecuadamente los recursos de Europa es preciso mantener un nivel elevado de comercio entre los países que la integran (lo que supone, naturalmente, un incremento del comercio entre el Este y el Oeste), ha manifestado que la marcha de los acontecimientos muestra una tendencia en sentido opuesto, señalando los obstáculos de índole política que se interponen en el camino hacia la meta trazada.

La naturaleza de estos obstáculos aparece con entera claridad leyendo la intervención del delegado soviético, Arutunian, al responder a Harriman. Expresaba éste la creencia de que una de las causas del reducido intercambio entre las dos Europas radicaba en que la Oriental no había conseguido aumentar su producción de alimentos. A lo cual el ruso replicó que ello equivalía a formular de nuevo la vieja receta colonial «convirtiendo a los países del Este en meros anejos agrícolas del Occidente industrial».

Esta es la clave del problema. El predominio de la producción primaria en los países del Este europeo hizo de ellos, antes de 1939, un fácil campo de penetración económica, bien explotado por la Alemania nazi. (Basta recordar la red de acuerdos comerciales inspirados en la orientación Funk-Clodius). Mantener su estructura económica equivale a perpetuar el riesgo de servidumbre; y esto es lo que los Soviets quieren impedir a toda costa a los occidentales, hoy por hoy infinitamente mejor preparados que ellos para cubrir las necesidades de productos industriales de estos países.

Cuando se publicaron los planes cuatrienales de los países beneficiarios de la Ayuda Marshall se calculó que para 1952-53 la Europa Occidental importaría mercancías de la Oriental por un valor aproximado de 2.250 millones de dólares, esto es, el 17 por 100 de sus importaciones, exportándola, en cambio, por valor de 2.000 millones de dólares, o sea el 19 por 100 de sus exportaciones totales. La consecución de este objetivo no cabe

la menor duda que aliviaría considerablemente la escasez de dólares que sufre Europa. La colocación de productos industriales en los países del Este resulta infinitamente más fácil que en los situados en el área del dólar y crearía medios de pago para obtener importaciones que, en otro caso, habría que buscar en dicha área. Claro está que no faltan en el Occidente opiniones adversas a una política comercial que, en último término, facilitaría la industrialización de países políticamente adversos; pero, en términos generales, puede afirmarse que las ventajas de índole económica tienden a anteponerse a los riesgos de carácter político desde el punto de vista occidental. Al menos en el caso del Reino Unido, que a estas alturas ha logrado ya rebasar las cifras del comercio de la anteguerra con algunos países del Este europeo y tienen un volumen de tráfico con el grupo que alcanza a las tres cuartas partes del de antes de 1939, calculándolo a los precios que regían entonces.

A pesar de todo, el hecho cierto es que el tráfico con la Europa Oriental se ha limitado durante el pasado año a un 42 por 100 del efectuado en 1938, y que, según apuntábamos anteriormente, la recuperación deseada no parece posible sin que la Alemania Occidental coopere activamente. El deseo alemán de hacerlo es indudable, como lo prueba el hecho de que el plan elaborado por las autoridades de la trizona prevé para 1952 un volumen de importaciones orientales de 500 millones de dólares y una cifra semejante para las exportaciones a los países de la órbita rusa. (Es de notar que el volumen total del intercambio en 1938 no rebasaba los 460 millones de dólares, a los precios de entonces). Pero aquí aparece de nuevo el factor político: las autoridades aliadas no parecen muy decididas a facilitar la recuperación de los satélites rusos con mercancías alemanas y, según nos informa el artículo de *The Economist*, antes citado, se ha hablado ya de limitar la exportación de maquinaria de primer establecimiento. El interés británico consiste en mantener la orientación actual del comercio germano que, forzado por las circunstancias, se dirige hacia la Europa Occidental, y sustituirlo en los mercados del Este empleando métodos financieros, a saber, la concesión de créditos a corto

y a largo plazo, y el empleo de la libra esterlina como base para la creación de un régimen multilateral de pagos.

Ya hemos visto cuál es la reacción oficial soviética, que es la que cabía esperar del país que esterilizó los indudables deseos mostrados por Checoslovaquia y Polonia de participar en el Plan Marshall. Pero, como todas las actitudes rusas, no debe aceptarse en su valor aparente. El oportunismo que caracteriza toda la política staliniana no ha dejado de mostrarse también en esta ocasión. El interés soviético en obtener el mayor resultado posible de los países comprendidos en su esfera de influencia no es incompatible, sino todo lo contrario, con utilizar las ventajas que se derivan del mantenimiento del comercio de sus satélites con la Europa del Oeste. ¿Hubiera sido concebible, en otro caso, que tolerase el que hasta ahora vienen realizando?

La Unión Soviética necesita reconstruir su economía, que tan directamente sufrió el impacto de la última guerra. El cuarto plan quinquenal, iniciado en 1946, consigna al lado de este objetivo primario los de restaurar el nivel de productividad industrial y agrícola de anteguerra y proseguir el proceso de industrialización que la guerra interrumpió. Pese a todas las precauciones con que dicho plan se ha dado a la publicidad, las dificultades de reanudar el citado proceso industrial se desprenden de la moderación con que se calculan los incrementos anuales en la producción de las industrias básicas. Por consiguiente, quizá no resulte aventurado pensar que Rusia ha patrocinado la redacción de los planes elaborados por los Gobiernos títeres de Polonia, Hungría, Checoslovaquia y Bulgaria, como antes el de Yugoslavia. La industrialización de estos países no creemos que convenga a Moscú, puesto que se encuentran situados en zonas que no concuerdan con el interés estratégico de la U. R. S. S. (La política tradicional de los Soviets de procurar el desplazamiento hacia Oriente de los centros industriales neurálgicos aparece ratificada en el nuevo plan quinquenal.) Pero la posibilidad de obtener, por intermedio de sus satélites, los productos de la industria occidental, no ha debido dejar de influir en la tolerancia que muestra en la prác-

tica, pese a las ruidosas manifestaciones propagandísticas contra el imperialismo occidental.

Aunque el plan quinquenal vigente, al igual que los precedentes, no contengan ninguna información sobre el papel que en él se asigna al comercio exterior, la política de acuerdos comerciales que viene realizando la Unión Soviética muestra claramente que acepta en la práctica lo que repudia en la teoría, esto es, el comercio con los países capitalistas, siguiendo las direcciones tradicionales: alimentos y materias primas contra productos industriales. Y el desconocimiento que las estadísticas del comercio internacional revelan en cuanto a la participación de los monopolios comerciales soviéticos en la producción de los países satélites, contribuye a reforzar nuestra opinión antes expuesta.

Por otra parte, el proceso de absorción política de los territorios conquistados por la U. R. S. S. tiene que ser forzosamente lento, incluso para una potencia que carece de trabas morales en orden al empleo de los medios. La rapidez con que Yugoslavia ha tenido que orientar hacia Occidente su política económica ante el bloqueo que le fué impuesto en represalia al cisma de Tito ha tenido que resultar sintomática para los dirigentes rusos del peligro que a veces presenta el empleo de métodos de sometimiento excesivamente drásticos. Y la necesidad de apoyar financieramente a Checoslovaquia, a quien se ha visto obligada a conceder un empréstito en oro y divisas libres —cuya cuantía se mantiene en secreto—, en contrapartida de haberla obligado a rechazar el Plan Marshall, ha debido contribuir a que los Soviets mediten cuidadosamente el ritmo que deben imprimir a su política de anexión.

Hay, pues, una diferencia de matiz muy clara en la política económica del Bloque eslavo entre el objetivo, claramente expresado, de impedir que la prosecución del comercio exterior, siguiendo el patrón tradicional, abra el paso a la penetración de las grandes potencias capitalistas y la conveniencia oportunista de emplear dicho comercio para reforzar su economía y, por ende, su potencia política. La creación, a principios del corriente año, del Consejo de Asistencia Económica Mutua de la Europa Oriental constituye el intento más destacado de

llevar a la práctica la política de integración económica del Bloque Oriental. Pero es una interpretación superficial de los hechos la que ve en dicho organismo la respuesta soviética al Plan Marshall. Si la U. R. S. S. se ha opuesto a éste en su órbita de influencia ha sido por temor a la incuestionable influencia política que su aplicación habría ejercido en ella, no porque no haya percibido sobradamente las ventajas económicas que le hubiera reportado. Pero en modo alguno ello implica que el Bloque Oriental se cierre a los beneficios derivados del tráfico con el exterior, como ha recalcado el delegado soviético en el Consejo Económico y Social de la O. N. U., «la Unión Soviética no rehusa participar en la división internacional del trabajo y en el comercio internacional..., ni ha rehusado jamás establecer relaciones comerciales con los demás países, siempre que dicho comercio se realice de acuerdo con los principios admitidos normalmente en los negocios» (6). Hoy por hoy, la U. R. S. S. necesita tiempo para desarrollar sus planes. •

Es lástima que cuando se redacta esta crónica no dispongamos aún del informe sobre la economía europea en 1948 que la Comisión Económica para Europa acaba de publicar, y cuya discusión en el seno de la misma ha dado lugar a la emisión de opiniones que hemos recogido. Por un resumen que de él ha publicado el número de 14 de mayo de *The Economist* sabemos que el intercambio entre los países de la Europa Oriental, entre ellos y la U. R. S. S., ha experimentado un incremento espectacular, tanto en comparación con 1947 como con los años anteriores a la guerra. De ser así, es otro éxito que pueden apuntarse los rusos. Si a ello se añade la participación indirecta que están obteniendo en la ayuda americana, parece razonable deducir que el comercio entre las dos Europas (7)

(6) Véase la discusión del «Informe sobre algunos aspectos característicos de la situación económica mundial, 1945-1947», publicado en el *Suplemento* editado en marzo de 1948, pág. 128.

(7) Aludimos al Convenio firmado entre Austria, por un lado, y Hungría y Rumania, por otro, en virtud del cual la primera adquiere trigo, centeno y aceite de girasol a cambio de algodón americano (pagado naturalmente con fondos Marshall) por valor de 3.270.000 dólares.

lleva trazas, hasta ahora, de acomodarse perfectamente a la orientación que desean los Soviets.

No parece, pues, que deba confiarse demasiado en que el comercio entre las dos Europas contribuya eficazmente a despejar la amenaza que se cierne sobre la balanza de pagos de los occidentales para 1952-1953. Si nos atenemos a los datos recogidos en el último informe citado, en 1948 las importaciones se hallan un 14 por 100 y las exportaciones un 18 por 100 por bajo del nivel alcanzado en 1938. Pero estas cifras no reflejan bien la realidad, ya que el promedio obtenido por la Europa Occidental resulta excesivamente elevado por la influencia que ejerce el resultado del «expòrt drive» británico. En los demás países la situación que se observa es: aumento de la producción, descenso de las exportaciones y aumento de las importaciones en relación con el año 1938. El déficit total de Europa frente a Estados Unidos en 1948 ha sido de 5.600 millones de dólares. La perspectiva de enjugarlo en años sucesivos es tan oscura, que la única solución que se ofrece es «que los Estados Unidos planeen anticipadamente sus préstamos a largo plazo al resto del mundo, de manera que creen una corriente de dólares hacia el exterior, previsible y razonablemente segura». Esperemos la reacción norteamericana ante una fórmula cuya aplicación supone prolongar la ayuda norteamericana, quizá indefinidamente.

J. A. PIERA LABRA